



14 de abril de 1931. El regimiento de Covadonga desfila por la calle de Ballén para hacerse cargo de la guardia de Palacio. (Foto Alfonso.)

ABE
10-12-31

LEON PAZ, O LA CANDIDEZ POLITICA

HEMEROTECA
F. MERINO SANCHEZ

Juan Miguel PALACIOS

NO sé por qué extraño amasijo de viejas creencias León Paz había pensado siempre que Platón era el más esforzado defensor de la democracia. Grande fue su desencanto cuando descubrió que aquel divino pensador había preferido para su ciudad los torvos poderes de la aristocracia. Pero esto, con ser un doloroso hallazgo para don León, no fue suficiente para desterrar de su cultivado cerebro las más firmes convicciones democráticas. No; don León había afrontado el problema político con tan desusada honestidad y metódica investigación, que sus opiniones habían arraigado de una vez para siempre en sus entrañas. Había leído con mucho detenimiento las obras clásicas y modernas sobre el gobierno de las repúblicas y, libre de añosos prejuicios y bajos apasionamientos, estaba convencido de que una sana democracia había de ser el fármaco más eficaz para remediar los males de esta nuestra desgastada España. Sobre todo aquello de la monarquía hereditaria, sobre una prehistórica antigüedad, le parecía una solemne imprevisión de los poderes públicos; pues ¿y si el hijo sale tonto? Y es lo que decía don León, que, en política, había que dejarse de teóricos devaneos y contar siempre con el "hic" y no con el "nunc". Y mientras ensartaba otras análogas reflexiones, gopeaba el piso con la suela de sus zapatos, como dando entender que habíamos de estar con los pies sobre la

tierra, atentos a los cotidianos acontecimientos de la praxis más acuciante.

Grande fue el contento de nuestro hombre cuando, tras las ansiosas jornadas electorales de aquel abril prometedor, vio salir de las urnas la viva revelación de un porvenir democrático. Le parecía que la libertad había brotado de las urnas como brota la felicidad de la bo'a cristalina de los adivinos. Destronado el Monarca, la triste y amordazada España recobraba por fin sus debidas libertades y la voluntad popular auguraba frutos sin cuento a los hijos de la generación heroica. Todo parecía desenvolverse en orden y paz ciudadanos, y hasta el destronamiento semejaba una galantería más de aquel Rey cortés que, viendo aproximarse a la República, le cedía el asiento en su condición de dama.

Aquella mañana del 14 de abril don León había ido también a la plaza de Oriente. Las gentes se congregaban frente a palacio para asistir al último relevo de alabarderos. El Rey abandonaba precipitadamente la mansión sentado en un automóvil. Era tan viva la curiosidad popular y tan grande la afluencia de gentes a aquel lugar, que pronto se halló don León sin poder moverse, emparedado entre dos soberbios mozos. Pronto comenzaron a proferirse gritos contra los Reyes y la Corona. Algunos grupos de jóvenes obreros lanzaban violentas imprecaciones contra los ricos y los curas, y una mujer ma-

dura meneaba sus caderas mientras agitaba una enorme pancarta. Y León Paz se tranquilizaba pensando en los inevitables romanticismos propios de una revolución recién estrenada.

Es de notar que las civilizaciones modernas, conscientes de la inconsistencia de sus instituciones políticas, seben levantar símbolos de sus poderes que sean fácilmente desmontables. De este modo resulta cómodo y barato convertir un busto regio en effigie revolucionaria. Basta con aflojar los tornillos que sostienen la corona a los parietales y, levantándola, encasquetar suavemente un elegante gorro frigio. Sin embargo, León Paz comenzó a inquietarse cuando vio que algunas partidas de hombres provistos de sogas pretendían derribar las estatuas. Esta no era labor de destornillador. Al fin y al cabo aquellas frías imágenes de los reyes españoles servían de ornato al lugar y habían sido colocadas allí a falta de mejor emplazamiento. No podía disimular don León su simpatía por aquel Alfonso VI, bajo cuya benévola mirada había hecho el amor a su Inés tantas tardes de invierno. El estruendo de su caída le llenó de dolor, pero luego se consoló diciendo: "Alguna servidumbre han de tener estas jornadas revolucionarias. A fin de cuentas Alfonso no fue más que un monarca hereditario".

El vocerío popular crecía por momentos y la furia de algunos grupos rayaba casi



HEMEROTECA
F. MERINO SANCHEZ

León Paz comenzó a inquietarse cuando vio que algunas partidas de hombres provistos de sogas pretendían derribar las estatuas. (Foto V. Muro.)

con el desorden democrático. Bramaba la multitud gritos de aprobación y de júbilo y don León comenzaba a sentirse molesto. De pronto, como impulsada por una fuerza desconocida, brotó una soga de entre la gente y fue a enroscarse en el cuello del anciano monarca Amalarico. Un clamor general aprobó la pericia del autor de la hazaña, pero la indignación de don León encendió su rostro. Amalarico había sido rey, pero rey electivo; nada tenía que ver con los abusos hereditarios. Coreados por la multitud, varios hombrecillos tiraban de la soga y la monarquía visigoda comenzaba a tambalearse. El griterío era inmenso y las gentes aullaban con regocijo. Don León, pálido ya y congestionado, sintió en su noble pecho las reclamaciones de su imperativo y comen-

zó a gritar. "¡No!, ¡a ése no!, ¡a ése no!, ¡que ése es electivo!, ¡que es electivo!" Su débil voz se perdía en el turbio clamor de la chusma enfurecida que vitoreaba a los energúmenos que tiraban y tiraban. Don León se desgañitaba, pero nadie le oía. Los mozos que le aplastaban se miraban con estupor y tornaban al público griterío. Una muchacha le miraba atónita y sonreía. Y en un rincón de la plaza, avasallado y casi pisoteado por la multitud, nuestro León Paz voceaba sin ser oído sus históricas precisiones sobre la monarquía goda.

Quedó la estatua hecha añicos y desgarrada la garganta de don León. Y, disgregada la chusma, tornó León Paz a su casa triste y cariacontecido. Y aún hoy, después de haber visto tanto, don León se

para a pensar en aquello y no deja de ruborizarse.

Sentado en un poyete de la plaza de Oriente, relataba yo esta historia ante un grupo de amigos provincianos.

—¡Hombre, eso no ocurría en Francia!—me decía con apasionado ardor un malicioso demócrata logroñés—. En aquella república democrática están los bienes de la cultura repartidos con tal equidad, que cualquier artesano francés conocería a las mil maravillas los pormenores institucionales de la monarquía merovingia.

Al oír aquella respuesta lo comprendí todo. Y desde entonces he dado en pensar que el verdadero origen de todos nuestros males estriba en nuestra secular ignorancia de la civilización visigoda.

J. M. P.